

ANALES DEL INSTITUTO  
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS  
TOMO XXXIII



C. S. I. C.  
**1993**  
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO  
DE  
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XXXIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
MADRID, 1993

## SUMARIO

*Págs.*

<b>ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS</b>	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños ....	13

### Arte

Algunas noticias sobre la construcción de la desaparecida iglesia del Hospital de Montserrat en Madrid, por José Luis Barrio Moya .....	21
Dibujos del siglo XVIII para la Capilla de San Isidro de Madrid, por Virginia Tovar Martín .....	41
El Puente de Toledo: un hito brillante en la aportación del arqui- tecto Pedro de Ribera, por Matilde Verdú Ruiz .....	55
Datos para una historia económica de la Real Fábrica de Platería de don Antonio Martínez, por José Manuel Cruz Valdo- vinos .....	73
Aportación documental al Convento de las Maravillas de Madrid, por Leticia Verdú Berganza .....	123
Obras de restauración de la parroquia matriz de Santa María la Real de la Almudena de esta Corte y consecuentes traslados procesionales solemnes de su imagen, producidos por esta causa. Años 1777-1780, por M.ª Rosario Bienes Gómez- Aragón .....	141
Cristos de Madrid, por Teresa Fernández Pereyra .....	157

### Bibliografía

Ediciones, traducciones y un plagio, de las obras del madrileño Gonzalo de Céspedes y Meneses (¿1585?-1638) en biblió- otecas norteamericanas, por Joseph L. Laurenti .....	191
---	-----

### Geografía

Una guía especial de Madrid de comienzos de siglo, por Ramón Ezquerra Abadía .....	207
Un antiguo profesor, por Ramón Ezquerra Abadía .....	213
Apunte geográfico-económico de la actual provincia de Madrid en el 1752. X, por Fernando Jiménez de Gregorio .....	217
Manzanares: un río foso y balcón. Recorrido por su tramo urbano, en un repertorio cartográfico y colofón con meros planos madrileños, por José María Sanz García .....	239

### Historia

Los códices que vio Ambrosio de Morales en el Castillo de Batares en 1572, por Gregorio de Andrés .....	267
La casa de los Monterrey en el Prado Viejo de San Jerónimo de Madrid, por Concepción Lopezosa Aparicio .....	277
Una introducción a la obra de Fernando Cardoso, <i>utilidades del agua i de la nieve, del bever frío i caliente</i> (Madrid 1637), por Pilar Corella Suárez .....	289
La seguridad ciudadana en Madrid durante el siglo XVIII: la superintendencia general de policía y la comisión reservada, por Ana M.ª Fernández Hidalgo .....	321
Madrileños en América en el s. XVIII, por José Valverde Madrid..	357
Repercusiones de la guerra de Sucesión en los Monasterios de Montserrat y San Martín de Madrid y sus libros de gradas (s. XVII-XIX), por Ernesto Zaragoza y Pascual .....	395
Introducción a la teoría de la capitalidad de Madrid, por Enrique de Aguinaga .....	419
Un cementerio decimonónico desaparecido: la Sacramental de San Sebastián, por Carlos Saguar Quer .....	437
El Teatro "Felipe", pequeña historia de un barracón famoso, por José del Corral .....	447
Corrida extraordinaria a beneficio de las familias de los naufragos del "Reina Regente" celebrada en Madrid en 1895, por Miguel Ángel López Rinconada .....	469
Salones y tertulias en el Madrid Isabelino, por José Cepeda Adán.	499

*Págs.*

<b>La toponimia madrileña. Proceso evolutivo, por Luis Miguel Apa-</b>	
<b>risi Laporta .....</b>	<b>515</b>
<b>Noticias que ahora cumplen centenarios, por J. del C. .....</b>	<b>543</b>

**Literatura**

<b>Documentos de Cervantes y de otras personas con él relacionadas,</b>	
<b>por Antonio Matilla Tascón .....</b>	<b>553</b>
<b>Lope de Vega: versos desconocidos cantados por el pueblo en</b>	
<b>1609, por J. Salvador y Conde .....</b>	<b>563</b>
<b>Madrid en <i>los bestiarios</i> de Henri de Montherlant, por Luis López</b>	
<b>Jiménez .....</b>	<b>577</b>
<b>Mariana de San José. Nueva efemérides para los Anales de Ma-</b>	
<b>drid, por M.<sup>a</sup> Isabel Barbeito Carneiro .....</b>	<b>585</b>
<b>Centenario de un poeta Jean Cocteau en Madrid, por Carlos</b>	
<b>Dorado .....</b>	<b>591</b>
<b>Acercamiento a Tomás Luceño, por José Montero Padilla .....</b>	<b>601</b>
<b>La invención del espacio en un cuento maravilloso galdosiano:</b>	
<b>El Madrid de Celín por M.<sup>a</sup> Ángeles Ezama .....</b>	<b>617</b>

**Música**

<b>La música en la Real Capilla de Madrid (siglo XVII), por Paulino</b>	
<b>Capdepón .....</b>	<b>631</b>

**Urbanismo**

<b>Limitaciones municipales e intereses de reforma. El ejemplo de</b>	
<b>la Gran Vía Madrileña, 1901-1923, por José Carlos Rueda</b>	
<b>Laffond .....</b>	<b>651</b>

## SALONES Y TERTULIAS EN EL MADRID ISABELINO

Por JOSÉ CEPEDA ADÁN

### *Acercamiento a una sociedad y su mundo*

Si atendemos a la evolución política de la primera mitad del siglo XIX español nos encontramos con una época de grandes cambios políticos, de intentonas y revoluciones, de barricadas y tiros por las calles de las ciudades; es decir, un período inquieto y trepidante que llega hasta 1875. Ante esta realidad cabe preguntarse: ¿cómo eran los españoles de este tiempo?, ¿cuál era su talante vital?, ¿cómo prendió la llama romántica en el corazón de los españoles y especialmente para nosotros ahora en el de los madrileños?

En verdad, España vivió plenamente este viento de exaltación que llamamos *romanticismo* que muchas veces se expresó en guerras y violencias, aunque sería una injusta deformación si desenfocáramos la historia con esta exclusividad bélica como una excepción en el siglo, incidiendo en la singularidad del caso español, que tan frecuentemente se da entre nosotros. El siglo XIX en la historia universal está cruzado por una línea de guerras y conflictos, de cambios y traumatismos profundos. En la Europa bélica podemos señalar la siguiente estadística: treinta y ocho años de guerra en Turquía, treinta y uno en España, veintisiete en Francia, veinticuatro en Rusia, diecisiete en Austria, catorce en Holanda y trece en Alemania. Lo que ocurre es que los rasgos del cambio en nuestro país, la índole de los problemas, el endurecimiento de las posturas encontradas, la ideología en muchos casos pionera en contraste con las realidades profundas del país, tienen aquí cierta peculiaridad dentro del ambiente general del siglo, lo que realza su interés. España vivió, en el sentido real del término, muy románticamente entre 1800 y 1868. Si los europeos escribían en romántico, en España se escribía, se pintaba, se luchaba y se moría románticamente en un escenario, además, geográficamente romántico, que impresionó a los hombres de otras latitudes. Se moría, si, románticamente. «Modesto Lafuente da cuenta de que, en 1845, con sólo leer los periódicos de Madrid pueden tenerse noticias de más de 1.300 suicidios al año, cifra que cree conviene elevar al doble si se quiere reflejar la realidad de toda España; probablemente habría que subirla todavía más. Por increíble que parezca, en 1845 perdían la vida

más españoles por efecto del suicidio que en 1983 como consecuencia de accidentes de circulación. Y sin llegar a tan trágicos extremos, las escenas de histeria, las lipotimias —los típicos “desvanecimientos”—, los desplantes y los actos de desesperación llenaban las vivencias de la época en un grado que hoy apenas solemos tener en cuenta. El propio Lafuente hace preguntarse a *Fray Gerundio* en su *Teatro Social*: “¿Qué persona hay tan vulgar que no padezca de los nervios en el siglo XIX? ¿Qué señora se puede llamar señora si no sufre poco o mucho de los nervios?... ¿Qué médico adocenado no tiene una docena de visitas diarias que le suministran los nervios? ¿Qué lluvia cae que no altere el sistema nervioso? ¿Qué helada viene que no haga resentir el sistema nervioso? ¿Qué viento corre que no afecte al sistema nervioso?”. Estaríamos muy equivocados —sigue Comellas— si supusiéramos que los desequilibrios neurovegetativos o el recurso al psiquiatra —o su equivalente— son específicos de la segunda mitad del siglo XX. Evidentemente, hay épocas más «nerviosas» que otras; pero uno de los máximos más visibles se localiza a mediados de la centuria decimonónica. Y si no tenemos en cuenta este factor ambiental, es probable que nos expongamos a no comprender muchas cosas de aquella época<sup>1</sup>.

Antes de entrar en el recorrido de los salones y tertulias frecuentados por los madrileños del pasado siglo, conviene apuntar el retrato de ese personaje que vivió tan agitadamente. No obstante que la literatura y las artes plásticas nos den su imagen, reflejada desde sus especiales ángulos de visión, el historiador precisa de una caracterización de su personalidad para entender desde ella su comportamiento, ya que hemos dicho que, fundamentalmente, el romanticismo es una forma de estar en la vida. La raíz de su ser está en su exaltación del yo, en el descubrimiento de su solitaria individualidad y una angustia vital que le lleva, apasionadamente, a la acción para dejar su huella en el conjunto. No importa que esta acción se manifieste en un hecho de masas en que participa arracimadamente para que él se sienta el centro del acontecimiento. Este descubrimiento de sí mismo nos explica desde las *revoluciones de la moda*, tan típicas y repetidas en los períodos romántico-barrocos (barbas y melenas, exotismo en el ropaje, ruptura con los convencionalismos al uso; necesidad de *hacerse una cabeza* y una imagen nueva, aunque a fuerza de querer ser distinta resulte igual en todos los de su grupo) hasta participar a fondo en la revolución. Salir de lo anónimo, decir quién es uno, afirmar su paso por la vida aún a costa de la vida misma. Ser alguien, al menos un instante de la existencia. Por ello se exagera el gesto, la audacia, el riesgo.

El romántico aniquila el tiempo, huye del presente y de lo cotidiano que representa lo vulgar, lo dado, lo inmodificable, por lo que se refugia idealmente

<sup>1</sup> Colillas, García-Llera, José Luis: *La España liberal, romántica e isabelina. «Historia General de España y América»*, Madrid, Ediciones Rialp, 1983. Tomo XIV, pág. XX.

en otro tiempo, en una hermosa utopía que le impulsa a la acción como una ballesta. Las ideas bajan de la cabeza al corazón y se convierten en un torbellino. Ese otro tiempo y ese mundo ideal puede estar en el pasado, en un sistema que ya fue, pero al que se considera modélico e imperecedero y al que se quiere revivir y reactualizar: *románticos tradicionalistas* que pretenden hacer del pasado un presente perpetuo. O bien, ese tiempo feliz, justo y armonioso, está en el futuro que los hombres, siguiendo la marcha del progreso y con la bondad que emana de su propia naturaleza, han de construir pronto, para lo que es preciso acelerar el proceso: *románticos progresistas*, que cifran su triunfo en la revolución. He aquí los dos polos radicales que escinden la sociedad española entre 1808 y 1868. Tradicionalismo y liberalismo eran dos formas de soñar una España diferente a unos hombres a quienes no gustaba la cotidiana realidad.

Es imposible pedir a un romántico un programa concreto y racional que exprese sus ideales y que sirva para organizar la vida política; todo lo fía al azar, al destino, al genio, a la espontaneidad que acomodará la realidad al sentimiento; en la atmósfera en que vive, el misterio alcanza un alto valor que se realza por el escenario de la acción: reuniones nocturnas, conjuras, sociedades secretas, con todo el ceremonial de las iniciaciones y juramentos. Aún aceptando el riesgo real de las persecuciones de la época que pueda justificar este encubrimiento de los hombres de la revolución, con todo, el ambiente, el clima de oscuridad y escenografía, domina en estos años centrales del siglo XIX. Cementerios, lugares escondidos y logias son los centros donde se prepara la acción, impregnada de sentimiento que lo tiñe todo, de donde esa reiterada fórmula dominante en la época de *sentimiento* nacional, *sentimiento* religioso, *sentimiento* de la naturaleza, *sentimiento* amoroso; todo con un aire doloridamente sentimental. La vida se entrega sin reserva a una serie de ideales apasionados: Dios, la libertad, la patria, la mujer amada, que se convierten en objetivos supremos por los que se puede llegar hasta la muerte. Sobre este friso humano tenemos que asomarnos a sus lugares de reunión.

#### 1834. Los españoles hambrientos de hablar

La muerte de Fernando VII, cualquiera que sea la valoración histórica de su reinado, representó para la gran mayoría una apertura, un aire nuevo, una especial alegría vital que se tradujo en el deseo de relacionarse, de hablar, de comunicarse ideas e ilusiones que se aumentó con el regreso de los emigrados políticos tocados de la calentura romántica. Había que reorganizar el país y ello aviva la fiebre política que se apodera de todos. «Los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos. ¿Fulano escribió una letrilla satírica? Excelente sujeto para intendente de Rentas. ¿Zutano compuso un drama romántico o clásico o epitalámico? Preciso es recompensarle con una plaza en la Adminis-

tración. Aquel que hace muy buenas novelas, a formar la estadística de una provincia.. El otro que escribió un folletín de teatros, a representar al gobierno en un país extranjero», escribe Mesoneros Romanos<sup>2</sup>.

Nos encontramos con una sociedad discutidora, que gusta del debate y se solaza con las reuniones. Las discusiones serán unas veces políticas y otras literarias, raramente económicas en esta primera mitad de la centura, lo que si será más frecuente avanzado el siglo. Así nos encontramos con una diversidad de tipos: el bailarín o elegante de salón, el contertulio ilustrado o el conspirador. Reparemos un momento en este último. Cuando la Monarquía pone la máquina del Estado al servicio de uno de los partidos, sitúa al contrario al margen de la legalidad y le empuja a la clandestinidad y a la revolución. «La represión política y la clandestinidad —dice Artola<sup>3</sup>— crean un tipo inédito: el *conspirador* que conocerá un espectacular desarrollo a lo largo del siglo XIX, especialmente en la primera mitad, hasta el punto que terminaría en convertirse en tipo literario... Pertenece a las tendencias más radicales del momento: la lucha por la libertad y por la patria. Su acción se realiza a través de la sociedad secreta, otro fenómeno social característico del nuevo tiempo, en la que tanto o más que los planes de acción, se mantiene viva la esperanza de un mañana mejor. La sociedad secreta utiliza para sus peculiares fines instituciones existentes, a las que frecuentemente impone un nuevo sentido, como ocurre con la masonería, o crea otras nuevas a las que la imaginación romántica adorna con toda clase de elementos accesorios, destinados a impresionar al neófito». En las décadas más tranquilas, tras la guerra carlista, el ambiente tomará un aire más festivo, más alegre y cultural. Los madrileños tendrán tiempo y humor para reunirse en salones y ateneos, bailar y hablar de literatura y arte.

#### *Un recuerdo a las reuniones del gran mundo*

La aristocracia y la nueva burguesía tienen necesidad de exhibir sus grandezas o sus riquezas, para lo cual abren sus mansiones donde predomina el gusto francés o inglés, que triunfan en Europa, a la que se visita de cuando en cuando, bien por placer u obligados por el exilio político, especialmente si se trataba de militares que alternaban el pronunciamiento con la huida a París o Londres.

En la primera época eran frecuentes las reuniones en casa de Pita Pizarro y tertulias en el palacio del Marqués de Santa Cruz, construido por Luciano

<sup>2</sup> *Escenas marinenses. Segunda serie, 1836-1842. Edición y estudio preliminar de don Carlos Seco Serrano.* Madrid, 1967, pág. 29.

<sup>3</sup> *Fernández de Córdoba, Fernando, Teniente general: Mis memorias íntimas. Edición y estudio preliminar por don Miguel Artola.* Madrid, 1966, pág. XXX.

Bonaparte en la calle de San Bernardino, durante su estancia en Madrid como embajador de su hermano Napoleón, así como también en los salones del Marqués de Santiago y recepciones en los de la duquesa de Benavente en su residencia de la Puerta de la Vega. A la vez tenían lugar las veladas más literarias en casa de Bermúdez de Castro, Augusto Comte, la erudita de Pascual Gayangos y la de Ezpeleta, todas ellas en torno al brasero, indispensable más como adorno que como calefacción de la época.

A partir de 1846, tras la boda de Isabel II y hasta 1856, en la plenitud del reinado, el fausto, el lujo y las reuniones alcanzan su punto máximo, con una permanente rivalidad entre la alta sociedad por ofrecer sus salones al «gran mundo», sean aristócratas, militares renombrados, burgueses, políticos o escritores. De entre ellas sobresalían las organizadas por doña María Manuel Kirkpatrick, condesa de Montijo, bien en su palacio de Ariza, en la plaza del Angel, o en su finca de Carabanchel. «las reuniones de la Montijo pronto las denominó el vulgo el *Prado con Techo* aludiendo a su eclecticismo distinguido, apartado de la cerrazón partidista que distinguía a otra reuniones. El gracejo popular dio el nombre de *Sinagoga* a la de Santa Cruz y *matadero* a la murmuradora de la condesa de Campo Alange como antaño nombró *Puerta Otomana* a la de Benavente<sup>4</sup>».

En estos salones lucían las jóvenes de la época, enfrentadas entre sí por su belleza, carácter o el lujo desplegado. En el Palacio de Liria, el contraste se producía entre Ángela Pérez de Baranda, duquesa de Medinaceli, «beldad de fiero mirar y altiva silueta» y la duquesita de Alba, «vaporosa, ideal y romántica figura».

El cercano Carabanchel se pone de moda y allí construyen sus lugares de recreo desde la familia real hasta los nuevos banqueros. La Reina Cristina levanta el palacio de *Vista Alegre*; la condesa de Montijo, la *Quinta de Miranda*, donde Próspero Merimée bautizó a las mujeres como *carabancheleras*. Otras fincas eran las de Ceriñola, Bárcenas, González Bravo, marqués de Remisa y las suntuosas de don Francisco Narváez y del conde de Yamuri.

En ocasiones en estas tertulias sociales se sucedían anécdotas chuscas. Cuenta Fernández de Córdova que a la reunión de la marquesa viuda de Perales acudía don Juan Nicasio Gallego y «hombre entrado en años y con muchos padecimientos, levantábase y abandonaba la partida, desapareciendo por el salón breves instantes. Todo el mundo sabía que el ilustre poeta y sacerdote salía del gabinete reservado de la casa para satisfacer una necesidad breve y perentoria. Pero llegó un día en que el ama de llaves y los criados advirtieron en las cortinas del salón, cerca de los huecos de las ventanas, manchas inexplicables y tanto más singulares cuanto que la marquesa no

<sup>4</sup> Ballesteros y Beretta, Antonio: *Historia de España y su influencia en la historia universal*. Barcelona, 1941, tomo IX, pág. 414.

consentía gatos ni perros en su casa. ¡Júzquese cuál sería el asombro del intendente cuando, no sé si por casualidad o porque tuviera ya alguna sospecha, sorprendió en el salón a don Nicanor *in fraganti* en la perpetración de su delito! Desde aquella noche no se levantaba éste nunca de la mesa sin que la marquesa sacudiera violentamente la campanilla y exclamara repetidas veces: “¡Señor don Juan Nicasio, señor don Juan Nicasio, que le acompañe a usted un criado!”<sup>5</sup>».

Si la mujer a fines del siglo XVIII en Europa se había ido abriendo paso en la sociedad por su ingenio y sus artes de seducción en los *salones*, presididos por ella misma a los que dio nombre, el triunfo pleno llega con el romanticismo que hace centro de sus reuniones al bello sexo, alrededor del cual gira la corte de galanes, más o menos jóvenes, que buscan una buena boda o una apasionada aventura que puede terminar en huida o en suicidio. España en este capítulo no se queda atrás. En Madrid se multiplican los bailes y saraos, que alternan con otras veladas sosegadas donde se habla de literatura o arte. Estas fiestas, chocolates, cenas o apertura de salones un día determinado de la semana alcanzan, independientemente de su boato que podía impresionar a las masas populares, una profunda significación sociológica pues era en ellas donde se tejían las relaciones de parentesco entre las añosas familias y los nuevos grupos sociales de la milicia —de tanta significación en nuestro país—, la política y el dinero.

Un rasgo de este grupo social madrileño puede igualmente servirnos de aproximación a los cambios de mentalidad e ideología de la España de la segunda mitad del siglo XIX. De aquella España embravecida contra Francia que había hecho esencia de su patriotismo la lucha contra el *gabacho*, se pasa ahora a un indisimulado culto a todo lo francés, desde los tratadistas que buscan afanosamente en las fuentes francesas las *doctrinas* políticas para el gobierno de nuestro país, hasta el adorno de las mansiones y el tono de las reuniones sociales. Puede decirse que en este sentido fue un triunfo de los afrancesados a su vuelta del destierro. Bien es verdad que, como un recurso historicista, en ocasiones de bailes de carnaval, estos aristócratas madrileños se disfrazaban de capitanes de Flandes, de personajes del siglo XVII. Pero no era más que una máscara; lo que privaba era lo extranjero en estos niveles superiores de la sociedad española mientras el pueblo permanecía más arraigado en las costumbres castizas y únicamente se acordaba de lo foráneo cuando evocaba la revolución en las barricadas madrileñas y en los incendios de algunas de aquellas residencias de la aristocracia o de la burguesía recién llegada, como hizo en 1854 con la suntuosa morada de don José de Salamanca en la calle de Cedaceros.

Algunos ejemplos de entre los muchos que se podrían aducir nos sirven de

<sup>5</sup> Fernández de Córdova: Ibídem, tomo 1, pág. 302.

friso en estas costumbres de las clases acomodadas de la sociedad española. Eran renombradas las comidas y sobremesas del banquero Bushenthal. La señora de Alvear, como alguno nuevo, ofrecía tes a la iglesia, a los que acudía selecta concurrencia más por el exotismo que por el gusto de saborear la rubia infusión. Lo británico tardó más tiempo en abrirse camino entre nosotros. Sabemos que, al contrario de los emigrados españoles en Francia, que se mezclaron con los nativos, en cambio los que vivieron en Inglaterra, según las propias fuentes británicas, formaron siempre un grupo aparte, encerrados en sí mismos. Una excepción genial puede señalarse a este *españolismo* a ultranza: la que representa el antiguo guerrillero don Ramón Cabrera quien, igualmente refugiado en Londres, en 1850 casa con una rica dama inglesa, Marianne Catherine Richards, protestante ella, la cual le recluyó a vivir muy británicamente en su hermosa finca de Wentworth, sordo a las llamadas de sus antiguos correligionarios. Cosas de España: los liberales soñando la patria desde Londres, mientras el *Tigre del Maestrazgo* carlista, tomaba el té junto a una protestante en un *cottage* inglés.

Una costumbre frecuente en estas reuniones sociales era la música y el canto, en el que se lucían algunas mujeres, como la condesa de Merlin y Encarnación Camarasa, una de las más destacadas, que interpretaba el rondó final de *Lucrecia Borja*. Precisamente uno de los atractivos del palacio de Montemar, residencia del general Narváez, eran las sesiones de música presididas por su esposa, la francesa hija de los condes Tascher de la Pagerie, donde lucían su voz la duquesa de Sentmenat, la señorita de Ezpeleta y la de Bouigny, casada luego con el general Manso de Zúñiga. El auge de la música continuó hasta fines del reinado y en 1866 se hizo célebre el *Siabai Nater* que se cantaba en la quinta de Miranda por Pura Alaminos, Sofía Bisso, las de Patilla, Alvear, Carvajal, Claramonte y Ros de Olano. También alternaban en el *belle canto* algunos caballeros, entre ellos, Pignatelli, Muratoria y Canga Argüelles.

Era frecuente que se alternara el baile —donde se iba introduciendo una danza venida de lejos, la *polka*— con el canto y las representaciones teatrales, sobre todo las que tenían lugar en la tantas veces citada quinta de Miranda donde reinaba la condesa de Montijo. Allí se representó *Norma*, de Bellini, y se estrenó la obra de Ventura de la Vega *Un hombre de mundo*, en 1845, actuando como actores la duquesa de Alba, la condesa de San Luis, el duque de Alba, Eugenia de Montijo, que encarnó la protagonista, y el mismo Ventura de la Vega. La preparación de estas representaciones daba lugar a repetidos ensayos y tertulias. Llamaba la atención a los extranjeros la familiaridad campechana con que se trataban los aristócratas españolas, tuteándose siempre de tal manera que el opulento marqués de Salamanca era sencillamente Pepe en todos los sitios.

El apoteosis de este despliegue de lujo y fantasía romántica eran los bailes de trajes y de carnaval, que alcanza en esta época un desarrollo inusitado. En

los tres primeros meses del año 1850 el número de estos saraos llegarían a cuarenta y nueve. Famosísimo sería el organizado por la Montijo en 1843, «fiesta magnífica que los fastos cortesanos recordarían largamente». En él, la marquesa de Santa Cruz apareció disfrazada como el famoso cuadro de Meng, *La marquesa del Llano*; de aldeana brasileña María Bushental, recordando a su patria. Varias damas de la Corte de Luis XV y las hijas de la anfitriona, Paca, de Húsar, y Eugenia, de Escocesa. En las reuniones del embajador de Inglaterra, a la vez que se bailaba la polka se rememoraba el minuet, ejecutados por cuadrillas que ensayaban horas y horas a las órdenes de los maestros contratados, Petit, Massoni, Ferante y Rouquet. Mientras, fuera, se encrespaba la política, que algunas veces también se filtraba entre los contertulios de estos salones, como en el palacio de Narváez, por aquello de que al general le dominaba tanto el poder que no podía prescindir de él ni cuando se divertía. Sin embargo, este tema así como las inquietudes literarias y artísticas tenían sus escenarios propios.

### *Tertulias literarias*

Según Mesonero<sup>6</sup> el precedente de todas las que funcionaron en tiempo de Isabel II fue el *Parnasillo*. «tratando del Parnasillo del café del Príncipe, decía que de él salieron las sociedades científicas, literarias y artísticas que con los nombres de *Ateneo*, *Liceo*, *Instituto* y *Academia Filarmónica*, vigorizaron nuestro movimiento intelectual». La primera surgió de la siguiente manera, según el mismo autor<sup>7</sup>. En aquellas reuniones del Parnasillo, el joven don José Fernández de la Vega tuvo la idea hacia los últimos días de marzo de 1837 de fundar «una reunión periódica de literatos y artistas, inaugurándola en su propia habitación, calle de la Gorguera, número 13, cuarto tercero. La primera noche de reunión sólo la formábamos hasta una docena de personas entre las cuales recuerdo a don Juan Nicasio Galego, D. Antonio Gil de Zárate, D. Patricio de la Escosura, D. Miguel de los Santos Álvarez, Ventura de la Vega, D. Juan Eugenio Eguizábal, D. Carlos Ortiz de Tarancón y los poetas Esquivel, Villaamil, Elbo y Gamarón y como objeto preferente, al poeta Zorrilla<sup>8</sup>». Como puede apreciarse en la nómina están casi todos los nombres que luego el tiempo consagraría y es también de recordar que estas sesiones para intercambiar ideas y proyectos literarios se iniciaron poco después de la muerte de Fernando VII, coincidiendo con ese deseo irrefrenable de hablar que muestra la

<sup>6</sup> Escenas, pág. 226.

<sup>7</sup> Ibídem.

<sup>8</sup> Mesonero: *Revolución literaria, 1835-1840. El Romanticismo*. En obras de Don..., tomo V, página 215.

sociedad española como un rasgo muy característico del tiempo. Los hombres de pluma tenían mucho que decirse ante los aires cargados de pasión que traía el romanticismo, aunque no todos participaran del mismo entusiasmo e incluso, con su cachazudo realismo irónico, se mofaran a veces de aquellas exaltaciones de la palabra y el gesto romántico.

En ocasiones la reunión tenía un aire fúnebre y muy romántico, como la que tuvo lugar aquel mismo año de 1837, el 14 de febrero, con ocasión del entierro de Larra en el nuevo cementerio de la Puerta de Fuencarral. En medio de aquellos personajes enhisterados que daban tierra a uno de los hombres que más plenamente había asumido la angustia romántica hasta llevarla a sus últimas consecuencias, «adelantándose luego con tímido continente un joven, un niño casi, pálido, macilento de breve persona y melancólica voz, pidió permiso para leer una composición y obtenido, hízolo de un modo solemne, patético, en aquellos versos que empiezan:

ese vago clamor que rasga el viento  
es el son funeral de una campana  
vano remedio del postrér lamento  
de un cadáver sombrío y macilento  
que en sucio polvo dormirá mañana...<sup>9</sup>

Era la presentación de Zorrilla en la sociedad poética española.

Estos encuentros, más o menos periódicos, tienden a institucionalizarse. En 1835 la Sociedad Económica madrileña, atenta como siempre a las llamadas culturales de los madrileños, nombra una comisión para poner en marcha el nuevo *Ateneo* según los antecedentes de los años 1820 a 1823. Formaban esta comisión, don Salustiano de Olózaga, el duque de Rivas, Alcalá Galiano, Miguel de los Ríos, «cierto don Francisco López Olavarrieta», anciano muy dado a este género de reuniones, rico y respetado propietario, don Francisco Fabra y Mesonero Romanos, verdadero promotor de la idea. Repárese en el contenido social de la junta: políticos, escritores y adinerados, mixtura que permanecerá invariable desde entonces en todos los proyectos culturales.

El domicilio del nuevo centro tuvo un largo recorrido por las calles madrileñas. De la calle del Prado, esquina a San Agustín, pasó a la calle de Carretas 27 y de aquí a la Plazuela del Angel y luego a la calle de la Montera, al antiguo local del Banco de San Carlos. A la primera sesión celebrada el 26 de noviembre de 1835 asistente «todas las notabilidades políticas y literarias de la época», entre ellas los duques de Bailén, de Veragua y de Gor, los señores Argüelles, Istúriz, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés... los jurisconsultos, Cambronero, Pacheco, Pérez Hernández; el matemático Vallejo; el naturalista, Lagasca

<sup>9</sup> Mesonero: *Revolución...* págs. 218-219.

el médico, Seoane; los ingenieros, Otero y Miranda; los literatos, Nicasio Gallego, Quintana, Gil de Zárate, Ventura de la Vega, Espronceda, Bretón de los Herreros, Larra, Ochoa, Durán, Vedia, Rivilla, Mussó, Corradi, Roca de Togores; y los artistas, Madrazo, Villaamil, Carderera, Latorre, Romea, Grimaldi y Masarnau». En el arranque, el éxito fue extraordinario. El 1 de marzo del año siguiente de 1836 alcanzaba los 259 socios y se soñaba con grandes proyectos de mejoramiento de los locales, creación de cátedras, biblioteca, sala de lecturas. Para regentar las cátedras y dirigir las tertulias se llama a hombres de todas las tendencias políticas dominantes, en un esfuerzo por conseguir una apertura grande y un entendimiento entre los españoles, muy propio de aquellos años inmediatamente posteriores a la muerte de Fernando VII que luego, desgraciadamente, se iría deteriorando. Como tantas cosas en España, el entusiasmo inicial se va apagando y únicamente el tesón del gran madrileño Mesonero lo mantuvo en pie. Con todo, en la tribuna, aulas y corrillos de este Ateneo madrileño se desarrolló uno de los capítulos más esclarecidos de la España de su tiempo y se intentó crear un ambiente de comprensión, dentro de la disparidad de pareceres de aquellos apasionados de la política, de las letras y de las artes. Veamos cómo describe a este centro en su domicilio más importante uno de sus mejores biógrafos. «Hacia el promedio de la bulliciosa calle de la Montera, inmortalizada por la galantería madrileña del siglo XVI, y enriquecida por el comercio extranjero, que hizo de ella, ya va para trescientos años, su baza predilecta; frente a la Iglesia de San Luis, al alcance de los gritos y los olores de la remozada plazuela del Carmen, lunar y vergüenza de la Corte, y en el centro de la manzana que flanquean dos de las calles más céntricas, menos limpias y peor afamadas de la reconocida villa (las de la Aduana y Jardines), alza sus tres pisos una de esas espaciosas casas que en Madrid el común de la gente llama de grande y que a los ojos del curioso no ofrece otras particularidades que su ancho y hondo portal, la larga línea de sus nueve amplios balcones de fachada y el número y variedad de las tiendas que pueblan la planta baja. Nadie sospecharía, ni por la apariencia, ni por el sitio, ni por la vecindad que en aquel ancho, pero vulgarísimo edificio, alienta, vive y fulgura —¡ahí es nada!— el Ateneo de Madrid<sup>10</sup>». Estaba instalado allí desde 1848 y entre 1863 y 1864 se hizo una amplia reforma, necesaria por el auge que de nuevo había alcanzado en la última década del reinado de Isabel II. A estos días vuelve a referirse Labra tanto en lo que tienen de popularidad como de los nuevos aires más críticos que

<sup>10</sup> Para el Ateneo pueden consultarse, además de las páginas de Mesonero, especialmente Rafael María de Labra: *El Ateneo de Madrid. Sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir*. Madrid, 1878. Idem: *El Ateneo de Madrid. Notas históricas (1835-1905)* Madrid, 1906, en realidad una segunda edición puesta al día de la obra anterior. Antonio Ruiz Salvador: *Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1835-1885)*. Londres, 1971. Los párrafos citados en Vicente Cacho Viu. *La Institución Libre de Enseñanza. I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*. Madrid, 1962, págs. 115, 116.

flotaban entre los asistentes: «La multitud henchía los corredores y salones, y el público, que ya no necesitaba papeleta para entrar en las cátedras, llenaba las escaleras y hasta el mismo patio. Un jueves, una noche de sesión, era un acontecimiento en todo el Madrid de la inteligencia... hicieron su briosa aparición la democracia, el individualismo economista y el krausismo, apuntando sólo la crítica religiosa y las afirmaciones anticatólicas que pronto habían de entrar con pie firme en los salones de la calle Montera». Fueron presidentes en esta época Francisco Martínez de la Rosa, de 1859 a 1862 y Antonio Alcalá Galiano, de 1862 a 1865. Funcionaban tres secciones, la de Ciencias Morales y Políticas, la de Literatura y la de Ciencias Físico-Matemáticas. La efervescencia política de aquellos días hace que sea la primera de las citadas secciones la que más interesaba y más público atrajera.

Complemento del Ateneo fue otro centro cultural también establecido en nuestra capital, el *Liceo Artístico y Literario*, nacido de la iniciativa privada y mantenido igualmente por las cuotas de sus socios, veinte reales mensuales. Igual que el Ateneo, tuvo varios domicilios; primero en la calle del León, en una antigua escuela de niños, pasando pocas semanas después a la de las Huertas, frente a la plaza de Matute y de aquí a la de Atocha, a la llamada casa de Balmaseda. Comenzó a funcionar bajo la dirección de Fernández de la Vega y a ella pertenecían los duques de Gor, marqués de Pontejos, duque de Osuna, Escosura y otros muchos, distinguiéndose por su mecenazgo el marqués de Salamanca. Su funcionamiento se concretaba en sesiones de debates —siempre discutidoras las gentes del tiempo—, lecturas públicas de poetas y prosistas, discusiones sobre temas concretos en las diferentes secciones; desarrollo de lecciones y temas diversos en las cátedras públicas. Conviene fijar la atención en esta coincidencia de todas las instituciones culturales de aquellos años en la existencia de cátedras que venían a llenar el vacío de un gran centro universitario en la capital del que careció desde 1561 hasta el traslado de la Universidad de Alcalá y su arraigo en Madrid. Ciertamente en estas tribunas madrileñas del Ateneo y el Liceo se expuso más doctrina moderna y se sembraron más inquietudes que en muchas de las aulas de las antiguas universidades que se extendían por el país. Esta actividad junto con los trabajos y exposiciones de pintores y escultores se multiplicó al trasladar su residencia al palacio de Villahermosa, «adquiriendo una animación, una solemnidad artística y literaria con la que seguramente no podía rivalizar ninguno de los establecimientos privados del extranjero y que daba a la fisonomía de la sociedad madrileña un sello especial de vitalidad y de cultura, donde se celebraban aquellos inolvidables jueves del Liceo, aquellos juegos florales, aquellos conciertos y representaciones dramáticas. Allí acudía el todo Madrid de la intelectualidad, el arte y la buena sociedad», nos dice entusiasmado un testigo de la época.

Este mundo de escritores y artistas, que se sentía orgulloso de sí mismo, como nos lo dicen las palabras anteriores, quiso inmortalizarse en efigie y por

ello posó en 1846 para la paleta de Esquivel en el conocido cuadro —expresivo del mundo romántico, desde la figura del pintor, Esquivel que intentó un día suicidarse, hasta la escenografía estudiadamente teatral—, *Una tertulia en el estudio del pintor*, donde podemos reconocer a cuarenta y cuatro de las más sobresalientes figuras de la época. Allí están Ferrer del Río, Hartzembusch, Nicasio Gallego, Bretón de los Herreros, Escosura, el Conde de Toreno, Ros de Olano, Pezuela, el Duque de Rivas —en un retrato en la pared al igual que Espronceda— Javier de Burgos, Amador de los Ríos, Martínez de la Rosa, Zorrilla, que lee en el centro de la escena como si con ello se quisiera troquelar su figura de eterno lector en las ocasiones solemnes: Esquivel, Quintana, Julián Romea, Campoamor, Mesonero Romanos, el Duque de Frías y otros muchos. Y, como no, el brasero en el centro del grupo. Según Gaya Nuño se trata del primer cuadro con una reunión de intelectuales en el estudio de un artista. Reparemos en el conjunto social aquí representado: aristocracia, militares, escritores y políticos. He aquí la España isabelina, «gentes de ideas, gentes de dinero, gentes de armas... son las minorías que rigen los destinos de España... una cabeza que piensa, un brazo que defiende y unas vísceras que nutren»<sup>11</sup>.

Podemos preguntarnos ahora, ¿qué fue de estos hombres que pintó Esquivel? Mesonero enlaza la conclusión con las palabras que puso en la presentación de los mismos. «De los hombres que arriba cité como mantenedores de la tribuna del Liceo... casi todos ellos figuraron después como ministros, embajadores, senadores, diputados y publicistas, alternando en diversos bandos y épocas, según la marcha de los sucesos»<sup>12</sup>. Para ello, además de estas reuniones predominantemente lírico-artísticas, tenían sus reuniones, más o menos secretas, donde se hablaba y mucho de política y de filosofía.

### *Tertulias políticas y círculos de pensamiento*

Constituyen todo un mundo difícil de clasificar que se extiende desde las *tenidas* de la Masonería a las conjuras y conspiraciones, tan frecuentemente repetidas en la historia española del siglo XIX, pasando por las reuniones filosóficas y las habituales conversaciones políticas, como las que tenían lugar en el palacio del Duque de Fernán Núñez, en la calle de Santa Isabel, uno de los centros más frecuentados al que acostumbraba a asistir Narváez.

Antes se ha hablado de la figura del *conspirador* y al hecho mismo de la conspiración dedicó un estudio don Enrique Tierno Galván<sup>13</sup>, en el que mantiene

<sup>11</sup> Comellas: *O.c.* pág. XXXI.

<sup>12</sup> Mesonero: *Memorias de un setentón*, pág. 222. En «Obras completas».

<sup>13</sup> *La conspiración, fenómeno decimonónico*. En «Historia Social de España. Siglo XIX», Madrid, Guadiana, 1972.

que la conspiración es un fenómeno eminentemente burgués porque conspirar cuesta mucho dinero. «Las conspiraciones de Prim fueron muy costosas —dice— y de donde proceden los fondos no está muy claro.» Esto no quita para que el conspirador llegue a ser casi un modelo de vida con su fruición de jugar con la ilusión y el misterio, verdadero espécimen del idealismo y espíritu aventurero del romanticismo. Tras estas reuniones semisteriosas podía llegar la *muerte romántica*, como la de Diego de León, o la presidencia del gobierno de la nación. En la tipología del conspirador encontramos desde el *resentido* envidioso hasta el exaltado *quijote*.

Las sociedades secretas, en sus orígenes, constituyeron el embrión de los partidos políticos. A este propósito dice Sánchez Agesta<sup>14</sup>, «hasta 1834, la acción política en grupo se desarrolló a través de las sociedades secretas... Junto a la vida pública florece la conspiración y la intriga, bien como una vasta confabulación permanente de sociedades secretas que operan junto o con el embrión de partidos, bien como una conspiración eventual que urde su enredo en los salones de palacio o en las salas de banderas de los cuarteles para preparar un golpe de Estado cortesano o un pronunciamiento». Casi todos los políticos civiles y los militares políticos acabaron siendo conspiradores en alguna hora de su vida y lo reconocían públicamente en sus discursos en el Parlamento o se reflejaba oficialmente en sus expedientes personales. Veamos un caso modélico por la personalidad y la rapidez de circunstancias. «El 29 de junio de 1854, S. M. la Reina Isabel II firma un Real Decreto... lamentándose al hacer historia de la actuación de O'Donnell en los meses anteriores: «La deserción cometida en febrero último por el Teniente General D. Leopoldo O'Donnell, Conde de Lucena, produjo Mi Real resolución de catorce del mismo, dándole de baja en la lista y nómina de los generales del Ejército español. Los indicios entonces vehementes de su crimen de conspiración contra el Estado son ya un hecho consumado y el general O'Donnell al levantarse ayer en abierta reveldia (sic), ha probado su deslealtad y alevosía...» Otro será el contenido —sigue diciendo el autor de este comentario<sup>15</sup>— y aún el estilo del decreto que cierra momentáneamente la carpetilla del expediente personal de un pronunciado triunfante, de un vencedor... «teniendo en consideración los relevantes méritos y servicios que vos, el Teniente General don Leopoldo O'Donnell, Conde de Lucena y Vizconde de Aliaga, habéis contraído durante vuestra carrera militar, he venido a concederos por Mi Real Decreto de treinta de julio último el empleo de Capitán General de los Ejércitos Nacionales en justo premio de vuestros citados servicios... Tan sólo treinta días mediaban

<sup>14</sup> *El origen de los partidos políticos en la España del siglo XIX. En »Historia Social de España».* Siglo XIX. Madrid, Guadiana 1972.

<sup>15</sup> Cepeda Gómez, José: *El ejército en la política española (1787-1843)* Madrid, 1990, págs. 7, 8 y 9.

entre la publicación de estos elogios y la firma del decreto que exoneraba de todos sus cargos al general «que había probado su deslealtad y alcovería y que le había colocado fuera de la ley y reo de alta tradición». De la clandestinidad al Poder. Del exilio, interior o exterior, a la gloria». y esta historia personal se repite en la mayoría de las altas figuras de la milicia española del pasado siglo.

Volviendo a las sociedades secretas, centros de reunión en muchos casos de aquellos españoles, debe hacerse referencia a la Masonería, siempre un poco misteriosa en nuestra historia, a pesar de los recientes estudios que están aclarando y desmitificando tantos aspectos de esta institución. Introducida en España en el siglo XVIII, es durante la Guerra de la Independencia cuando alcanza su verdadera importancia a la vez que se tiñe de una significación claramente liberal en cada una de las *obediencias* en que desde entonces se divide. Un carácter típicamente burgués y liberal porque, en esencia, la Masonería tiene sus raíces y razón de ser en la burguesía.

En España, en el siglo XIX, fueron masones muchos personajes de los que figuran en las nóminas políticas, convencidos unos y oportunistas otros que entraban y salían, o dormían, según el lenguaje de los propios masones, con gran frecuencia y de acuerdo con las circunstancias del momento. Una anécdota entre mil. «Narváez... él era masón desde que fue separado del ejército como impurificado, en tiempos de Fernando VII, y por un momento esperó de estas logias tenebrosas con sus misterios, sus pruebas de valor y sus secretos, buenos resultados. Quiso iniciarme inmediatamente después de mi llegada (1840) y catequizado sin grandes dificultades, entré en el seno de la flamante sociedad con todas las solemnes formalidades del manto, casco y espuelas. Apadrináronme el propio Narváez y don Antonio Benavides y recibí por nombre secreto el de *Comendador de Lara*. Debo decir que Benavides estaba lejos de reconocer a estas ceremonias la importancia que les daban muchos, entre los que se distinguía por su fe y su entusiasmo mi bravo amigo el brigadier Oribe. No olvidaré, por cierto, su actitud fiera la noche en que vestido con el manto rojo y cubierto por reluciente armadura, recibió de Pezuela el noble *espaldarazo*, ni tampoco la expresión radiante de sus ojos cuando, terminada la ceremonia y admitido a deliberar, exclamaba con acento indefinible al sentarse a mi lado: “¡Me siento otro!”<sup>16</sup>».

Además de estas logias masónicas, los círculos o cenáculos esencialmente políticos proliferan a mediados de siglo y en ellos, como hemos dicho, se irán gestando los partidos políticos que, no lo olvidemos, como dice Sánchez Agesta «no tuvieron ningún soporte jurídico específico a lo largo del siglo hasta la aprobación de la Ley de Asociaciones en 1887». Estas tertulias del reinado de Isabel II, a distancia ya de los fogosos hogares revolucionarios del trienio 1820 a 1823, *La Fontana de Oro* o el *Café de Lorencini*, —que frecuentemente son evocados ahora—, surgen espontáneamente y en cualquier lugar. Unas veces

<sup>16</sup> Fernández de Córdoba, Fernando: *O.c.*, tomo II, págs. 85 y 86.

serán las redacción de los periódicos donde al caer la noche se reúnen con los redactores que preparan la tirada del día siguiente los *afines* a la ideología del rotativo para hablar de los sucesos del día, fijar los planes de acción y las campañas futuras. Otras veces en los lugares más insospechados, como la que tenía lugar en el propio puesto de mando del general liberal don Luis Fernández de Córdoba durante la Guerra Carlista. Su afición a las reuniones, dice su hermano<sup>17</sup> «le acompañó en la guerra... franqueaba el gabinete de trabajo a los más queridos generales y jefes. Allí acudían Zarco del Valle, O'Donnell, Narváez, Patricio de la Escosura, Estébanez Calderón. Se celebraban cada día, comunicándose con mucha espontaneidad las noticias de Madrid que cada uno tenía».

En Madrid pronto se abren círculos políticos con distinta significación. En 1837, en la calle de la Visitación se abre el *Casino*... «al piso destortalado de la calle de la Visitación acudió pronto lo más ilustre que Madrid encerraba en las armas, en la nobleza, en la política y en las letras, aglomerándose todo en aquel estrecho recinto para —¿lo creerán mis lectores?— ¡para hablar de política! Este fue y aún lo conserva el carácter distintivo del Casino<sup>18</sup>... allí acudían los hombres de todas las opiniones y de todas las ideas y hablábamos de política. ¡Qué discusiones! ¡Qué debates! Los exaltados más furibundos chocaban con los reaccionarios más tercos e inflexibles. Trabábanse de palabras, no siempre de argumentos, y generalmente hasta llegar a los límites en que la controversia degenera en disputa, los partidarios ardorosos de las más distintas escuelas y cuando parecía por las voces, los ademanes, y la expresión sañuda de los semblantes que sólo podía terminar aquello sobre el terreno y por las armas, un chiste, una frase ingeniosa, una ocurrencia feliz llegaba a punto para hacer prorrumpir a los contendientes en estrepitosa carcajada. Sobresalían en este género don Serafín Estébanez Calderón, don Patricio de la Escosura... Sin haber, pues, representado jamás nada aquella casa, allí se han derrumbado partidos y constituido gobiernos, fraguado conspiraciones y motines, preparado movimientos, establecido resistencias, deshecho o fundado camarillas, rebajado o encumbrado hombres públicos, creado y alimentado órganos de prensa, acreditado literatos, ensalzado oradores y formado y destruido reputaciones, nombres y glorias. No se puede negar, no, ya al Casino un lugar en los anales contemporáneos por el influjo poderoso que ejerció en nuestras costumbres políticas y por haber reunido, acogido y acercado las más encontradas ideas imprimiendo consiguientemente en las relaciones mutuas de la sociedad política española ese sello de tolerancia general que forma en el día su más significativo carácter».

En otros casos esta amplitud dialogante de pareceres se trocaba en una definición clara de ideologías e intenciones. En 1843, existía una tertulia semisecreta llamada *Ayacucho*, compuesta de progresistas, en la que se cons-

<sup>17</sup> Fernández de Córdoba, F.: *O. c.*, tomo I, pág. 166.

<sup>18</sup> Idem: tomo II, pág. 308.

piraba activamente para inducir a los sargentos a que sacaran las tropas de los cuarteles. La sociedad estaba dividida en tres *comités*, uno de los cuales era presidido por un coronel y por otro oficial y en el complot estaban comprometidas algunas personalidades políticas y escritores de importancia.

Muy distintas ciertamente serían algunas otras tertulias existentes desde mediados de la centuria, como la que reunía en su casa de la calle de la Luna don Serafín Santos Lerín, de carácter filosófico y jurídico y a la que concurrían don Alvaro de Zafra, don Ruperto Navarro Zamorano, don Manuel Ruiz Quevedo, don Eduardo Chao, don Francisco Gayoso de Rua y don Julián Sanz del Río; cenáculo que viene a continuarse en el Círculo filosófico de la calle de Cañizares a partir de 1860, de evidente importancia porque de él irradió un aire renovador en el pensamiento español. De nuevo hemos de volver a Labra para que nos acompañe por aquellas inquietas reuniones de los últimos años del reinado. «Allí, en modesto salón de la estrecha calle de Cañizares, celebraba sus sesiones el Círculo Filosófico, donde Salmerón, Ruiz de Quevedo, Canalejas y tantos otros pensadores propagaron primeramente la doctrina de Krause, aquí importada por el venerable Sanz del Río. Allá, en la Carrera de San Jerónimo, Pastor, Gabriel Rodríguez, Cifuentes, Sanromá, Bona y Moret, desenvolvían las doctrinas economistas de la última escuela francesa. En el teatro del Circo y en las redacciones de *La Discusión*, *La Democracia* y *El Pueblo*, Rivero, Pi y Margall, Figueras, Castelar y otros muchos precisaban el credo de la democracia, formulada vagamente por el manifiesto de la izquierda de 1840 y en los folletos del Marqués de Albaida. La sociedad abolicionista celebraba sus *meetings* en la Zarzuela y el teatro de Variedades, imprimiendo un cierto sentido moral, humanitario, cosmopolita, a las vagas aspiraciones de cierta parte del liberalismo español. Y El Ateneo, la *Holanda* de España, la primera institución científica de nuestro país, dominándolos a todos, abría sus cátedras y sus secciones a la discusión de todos los principios y a la propagación de todas las ideas, a despecho del texto de las leyes y de las preocupaciones sociales».

Si hemos dicho que en los primeros tramos del siglo la economía tenía poco papel en las conversaciones de los madrileños, a partir de la segunda mitad, con una burguesía emprendedora instalada en Madrid, las cuestiones de dinero entran en los debates. En la Bolsa de Madrid se reúnen los miembros de la *Sociedad para la Reforma de los Aranceles* que discute los principios del proteccionismo y el librecambio que tanto agitará la política en tiempos de la Restauración. También los jóvenes abogados, que aspiran más a un puesto político que a un bufete, intercambian sus ideas en la *Academia Matritense de Jurisprudencia y Legislación*. Todo ello demuestra que nuestra capital, cansada del romanticismo, se encaraba con nuevos tiempos, nuevas necesidades y nuevas ideas. En aquellas tertulias de los últimos años del reinado se estaba gestando la revolución que acabaría arrojando del trono a Isabel II.